

rio un sepulcro guarnecido de flores. Bajo las siemprevivas queda recatada una inscripción: «Frédérich Sirvual, víctima de la guerra».

Cabeceaban los espaciosos landós en las curvas del camino. La hilera interminable de coches se quiebra y vuelve a rectificarse describiendo caprichosos giros.

Dentro de uno de aquellos coches germinan simultáneos tres pensamientos, que el eterno epitalamio, cántico a la vida, la voz de la especie inspira: Odette, la viuda virgen, evoca a René y advierte que es guapo, simpático, bueno, inteligente. René, por su parte, medido a los vaivenes suaves que imprime la marcha lenta del vehículo, reconstruye imaginativo su vida sigilada, etopeya, que jamás osara confesarse a sí mismo, pero que el sin ventura de Frédéric supo inconcebiblemente adivinar aquella hora en la que el moribundo decaía: «Lo mío fué una utópica quimera, desvarío de ser enfermizo y desequilibrado. Tú y ella sí que podéis amaros. Acógela tú que eres fuerte, como ella, más débil que tú, intentó ampararme a mí...», y sueña despierto en una bella añoranza de amor, que la vesta luctuosa de Odette, junto a él reclinada, no logra disipar. Doña Luisa, pese a su dolor que la abierta herida reciente agudiza, reflexiona al contemplar ante sí, juntos, a los dos jóvenes, unidos por un infortunio que fuera en vano pretender remediar ya.

—Serán felices...

Allende, atrás, muy lejos... impelidos por la brisa, cimbrean sus copas lascias los cipreses.

María del Amparo Borrás

Entre las mujercitas — las muchas mujercitas — que ascienden penosamente el Calvario de los noveles, destácase con trazos vigorosos como la enhiesta y bermeja amapola sobre la verde gama de los prados, una muchachita jovencilla, grácil, sugestivamente bella y toda alma, tal es de sensitiva y delicada.

María del Amparo Borrás—que a ella nos referimos—hace en la literatura sus primeras armas y marcha afirmando su paso seguro por la espinosa senda, deseosa de llegar a esa meta en que la gloria aureola a los que la alcanzan.

María del Amparo Borrás es zamorana y su estilo es a veces vigoroso, recio, que ello lo da el carácter de su tierra leonesa; pero esa reciedumbre de su prosa la suaviza, la dulcifica, con la ternura que en ella pone, influenciada quizás por la maga pluma de Concha Espina, y a fe que no reputamos pecado el seguir las huellas de la egregia montañesa, pues camina a seguro puerto quien fija sus ojos, dirigiendo su nave, en los destellos luminosos del faro que alumbraba el cobijo acogedor.

María del Amparo Borrás, aun cuando es una recién llegada al campo de la literatura—a ese campo por cuyos vericuetos y recovecos tantos se extravian sin llegar a la linde,—colabora ya con éxito en revistas americanas y su firma halla buena acogida en diarios españoles y se saborean con deleite sus cuadritos, todo luz y color, en el Suplemento de Las Noticias, de Barcelona, ese Suplemento que tan bellos horizontes ha abierto a la fémina, deseosa de labrarse un nombre en las letras patrias.

Hoy Amparito, como así la llamamos quienes la queremos bien, publica en LA NOVELA FEMENINA su primera novelita, y al decir la primera, dejamos ya sentado que su obra no puede ser perfecta; hay en ella lunares, lagunas; se echan de ver los titubeos de los no iniciados, pero la frescura de su prosa, la ternura que ha volcado en ella, hácela una narración que nos induce a profetizar para Amparo Borrás, éxitos seguros en el difícil arte de novelar.

LA NOVELA FEMENINA, esa empresa acogedora que se debe a un hombre que siente hondamente el feminismo, que desea la redención de la mujer por sus propias obras, que anhela para ésta la conquista de sus legítimos derechos, bien ha hecho abriendo sus puertas a esa mujercita, toda alma y toda alma buena, que la refleja sin regateos, plenamente, en las páginas de su labor literaria, que si no es hasta hoy mucha en cantidad, lo es bastante en calidad y valía.

Retened, pues, el nombre de María del Amparo Borrás y López. Ella es una elegida.

REGINA OPISSO DE LLORENS

Tragedia sentimental

CAPITULO I

Chiquitita y rebonita era la nena que nació en los humanos vergeles en un día de mayo florido de rosas...

La miraron los padres complacidos con ternura inefable a la fulgente claridad del sol que semejava incendiar la tierra en sus resplandores; después, regocijados, le adornaron la cunita con jazmines de inocencia, rojos claveles de apasionamiento, y niveas corolas blancas erguidas, soberanas, triunfantes entre las flores.

¡Qué linda estaba!...

Su madrecita, ciega de cariño, tuvo la feliz idea de ver al capullo de su propia vida entre flores.

Hasta dijo al esposo con una alegría irrefrenable, llena de esperanzas lisonjeras.

—Oye, Rafael: si te parece, le pondremos el nombre de una flor.

El repuso con entusiasmo:

—Si supiéramos nombres de querubes...

—Mira, se nos viene a la mano.

En efecto: una rosa apenas entreabierta, suspiró sus aromas exquisitos sobre la palma de la mano maternal...

Tan rica era en esencias y almíbares, tan ufana en

tersura y colores, tan delicada y primorosa en su forma gentil, que ni un momento se hubiera podido vacilar en elegir su nombre, aunque lejos de los jardines esté humillado, caído en lastimosa vulgaridad.

Sólo así pudieron los esposos objetar, indecisos :

—¡ Bah ! Rositas hay tantas.

Y volvieron a ensimismarse sin casi advertirlo, para resolver el difícil problema del nombre, como si hubiese de influir en el destino.

—¿ Blanca?...

—¿ María?...

—¿ Julia?...

Cayó un capullo entre ambos al desprenderse ingenuo, de una ramita endeble y comalida.

Ya no vacilaron, se llamaría Rosa ; rosa como la reina de los jardines, dueña de todos los encantos.

Luego, con las manos enlazadas sobre la nueva vida que alborecía, soñaron a la nena rica y bella, con todos los regalos de la fortuna, con los halagos del amor.

La dejaron dormirse dulcemente sin que siquiera un leve arrullo de un canto turbase su apacible sueño. La miraron de nuevo, le cruzaron las manitas con delicada complacencia y salieron de la estancia.

Una vez traspuesto el umbral de la casa y tras recomendar a la doméstica especial cuidado en las cosas para no hacer el menor ruido, Rafael y María se miraron llenos los ojos de llanto y desconsuelo.

Se oyó sollozar fuerte a la mujer, que siempre lleva el mayor peso de la cruz en la mísera existencia ; luego un silencio, después unas palabras.

—¿ Me querrás ahora, por nuestra hija inocente, por lo más santo de este mundo, que es su felicidad?

Vaciló él un momento antes de contestar solemnemente.

—El amor no se gana, no se vende, ni se compra. Es un sentimiento espontáneo ; se desborda porque tiene fuerza propia ; se regala sin condiciones, se concede sin razonamientos. Se aman cosas absurdas o a seres sólo imaginados. El amor es libre, no halla trabas en su camino como el pensamiento mismo de los hombres. Lo que es esclavo no es el sentimiento, sino el corazón. Yo no lograré nunca mi ideal ; sé perfectamente que mi sueño fué absurdo, locura de adolescencia ; pero amar, si que amaré eternamente a la mujer que sabes que llevo amortajada en el corazón, con el más bello imposible de mi vida. No puedo amarte, no, María ; besaré tus vestidos como los de una imagen milagrosa, porque me diste el consuelo de una hija para vivir con estímulo sobre la tierra ; me arrodillaré a tus plantas porque sabes querer con mayor firmeza que ninguna mujer ; llegaré a todos los extremos de ternura que me inspire tu bondad, pero quererte... ; amarte !... imposible.

Y cayó María en sus brazos desmayada como una niña, y cayeron las palabras tristes pero sinceras como pesadas losas de un sepulcro sobre su corazón.

CAPITULO II

Aquella misma tarde fué el bautizo. Retrasado con el propósito de que asistiese la señora, al fin hubo de celebrarse sin su presencia a la mesa, donde se reunieron los mejores amigos y familiares de aquel desgraciado matrimonio.

Mientras, la cocinera comenta lo sucedido por la mañana, con gran desconsuelo.

Es una moza sana y guapetona, de alma pura y costumbres buenísimas; hija del ama que crió a María, la ha tratado siempre con más intimidad que las otras muchachas, y tiene siempre para ella una frase de gratitud o un dulce reproche de cariño.

Remigia y Claudia la han escuchado mucho rato con asombro y pesadumbre, hasta que la primera se atreve a objetarla:

—Nunca nos habías hablado así, mujer; no vaya a ser porque te has acalorado...

—No, no; yo bien sé, aunque más valiera no saberlo.

—Pero, ¿y dices que el señor es un ladrón?—añade Claudia.

—Y lo sostengo.

—¡Oh!...—dicen ambas a un tiempo. — ¿Cómo piensas siquiera esas cosas?

—Es que hoy no pienso; lo digo todo sin pensar, tal cual lo sé, o como lo recuerdo.

—¡Amos, chica, ni que fuérais de la *misma* familia!

—Lo somos: hermanicas de leche; a mí y a ella nos crió a un tiempo mi madre.

Remigia, la más joven, tuvo que salir reclamada por uno de los invitados que allí reunidos jugaban a prendas con gran algazara. Claudia e Isabeluca siguieron hablando.

Dijo la segunda que la señora era una mártir desde que se casó; que se había vuelto rara y taciturna; que buscaba la soledad y el silencio cual si le molestara la compañía y el bullicio.

—Se me figura que el señor no la tiene en gran estima.

—¿Cómo piensas semejante cosa, si es una santurrón?

—Los buenos son los desgraciados de este mundo. Aquí mismo podemos verlo: el señor va de caza, de paseo, a los toros o al café, mientras ella se consume y llora, cose o reza con resignación.

—¿Y crees que Dios no se lo tiene en cuenta?

—Pues él merece ser condenado.

—¿Tanto?

—¿Te parece bonito engañar a una criatura inocente, robarle a un tiempo dinero y corazón?

—No digas eso, que bien le gustaría a ella cuando pudiendo escoger no lo cambió por *denguno*.

—¡Qué razón tienes! Si la hubiese querido de veras y se hubiese *presentao tímido*, le desprecia.

—Vaya que sí.

—¿Y cómo fué? Tú lo sabes cómo *emprincipiaron*.

—Sí, mujer, ¿no he de saberlo? Pues fué como siempre verás que son las cosas. Primero, nada: miradas, gestos, palabritas...

—Ya me había yo fijado en ello, cuando un día me puso la señorita un dedo sobre los labios: «¡Cuidado que digas nada a papá!» «¿De qué?», le pregunté. «Pues de que Rafael y yo somos buenos amigos.» «¿Nada más?», volví a preguntarle, y ella se rió con mucha gracia. Parece que la estoy viendo. Llevaba dos trenzas, un delantal blanco y unos ricitos caídos sobre la frente. A los pocos días la encontré en la cama llorando como una Magdalena. Me dijo que no tenía ganas de nada, que sentía tristeza sin saber por qué. Y yo me acordé de mí misma en

un caso semejante que no he olvidado nunca. «Eso era de esperar», la dije como enfadada. Pero me quedé muda de pronto al oír esta pregunta: «¿Pero tú lo sabías?» «¿Qué?», respondí. «Que Rafael hablaba con una...» No dijo más; se puso a llorar de nuevo con más pena todavía. Entonces la acaricié el cabello y la llené de besos; me acordé de mi madre que me dijo que era mi hermana; olvidé lo que era y lo que soy, pero lloré y sufrí con ella...

Claudia sentía voraz la curiosidad como nunca; incentivo de sus ansias era la garla remolona de Isabeluca.

—Bueno, no te aflijas que eso ya pasó. Anda, dime lo que sigue; mas aprisa.

—Pues mira, estuvo todo el día ronquera sin querer salir de la habitación; luego, cuando era hora de que se marchara el señorito, hizo como que pasaba casualmente. El la saludó con mucha ceremonia, después la dijo: «¡Si supiera como la hemos echado de menos su papá y yo! Parece que falta algo, ¿verdad? ha dicho don Raimundo. Falta todo, le he contestado con pena.» Y ya no hablamos más.

—Oye: ¿pero es que iba todos los días el señor? —interrumpió la moza.

—Claro, mujer, lo tenía don Raimundo empleado.

—Sigue, ya me contarás luego lo de él. Ahora dime en qué quedó lo de la señorita.

—Espera; voy a descubrirete un secreto que no lo he dicho nunca a nadie; una cosa que oí sin querer. El señor tuvo una novia cupletera, que le causó la ruina y la muerte de sus padres.

—¿Y aún crees que puede ser feliz?

—Sí, porque a mí se me antoja que no tiene co-razón.

—¡Quién sabe!—suspiró la oyente.—No se puede hacer caso de las apariencias... Pero y lo de la señora, ¿en qué quedó?

—Pues, era que había visto al señor el día antes con una jovencita y una señora, muy peripuestas, y pensó mal.

—¡Ah, ya caigo!... Y ella se había *enamorado*.

—Las mujeres nos enamoramos en cuantico saben hablarnos despacio o mirarnos demasiado.

Claudia le objetó:

—¿También las señoritas?

—Lo mismo. Es que tú no sabes todavía que Dios nos ha hecho a todos iguales, todos de barro.

—¿Y en eso del barro no hay calidades ni distinciones?

—¡Ca! todos somos de polvo de lo más bajo, de tierra sin adobe; en lo que varíamos, es en lo que está de nuestra parte, en las cosas del espíritu.

Decía la moza estas cosas con naturalidad; ella hizo vida íntima siempre con la señora. Esto la dió desenvoltura y hasta conocimientos insospechados.

Maria fué siempre complaciente y le enseñó algo de Historia Sagrada en lecciones amenas de charla instructiva y moral, por aquellos días felices en que soñaba y reía frente a la vida y a lo por venir con inconsciencia encantadora.

Esta no lo había olvidado; al contrario, su imaginación iba a veces más allá de lo que buenamente podía comprender, ansiosa e insaciable. Hoy ejerce sin jactancias ni orgullos, con un lenguaje lleno de sincera humildad, aquella misma obra.

Le cuenta a su compañera toda la pasión del Señor, algo de los apóstoles y de los santos; y mientras, se quema la cena a fuerza de hervir a su pla-

cer, hasta que se consume el fuego delincuente y queda casi frío el fogón mudo y extático en pose solemne y como si entendiese alguna de aquellas sabias explicaciones.

CAPITULO III

Rafael se reivindicaba consigo, satisfacía sus escrúpulos de hombre y de caballero junto a la camita dorada de la hija inocente. Ajeno a cuanto de él se había hablado aquella tarde de bullicio en el más humilde rincón del hogar, recibía a la noche con gratitud para velar en el silencio de sus horas todas negras, el secreto profundo de su alma dolorida...

Pero el sueño, un sueño agobiador, irresistible, obstinábase en entornarle los ojos y adormecerle el corazón. Así, rígido, de pie y sin más apoyo que el barandaje de la cunita, llegó a cabacear en la plétora de un cansancio invencible.

Se le aparecía entonces la novia ideal, la única mujer que amó con delirante apasionamiento, vestida de blanco y coronada de azahar.

Mas en el preciso instante en que se acercaba a ella caía desplomada y se convertía en espectro fantástico.

Estuvo así engañado hasta que el alba encendía resplandores cándidos en lo alto del firmamento; y un rayo de luz le sorprendió rendido y firme a un tiempo, aferrado a la cuna y enloquecido de pena.

Una a una fué recordando las palabras que tan hondo pesar causaron a María.

Todos los pormenores de su vida volvieron a re-

frescarle la memoria con sus detalles más insignificantes.

Recordó a su esposa niña y feliz con las trenzas sueltas y los dulces ojos enamorados.

Recordó más aun: el pensamiento que cruzó uno de aquellos días su imaginación como relámpago.

Dejar el pan, el destino, la vida si era necesario, por ser libre y dueño de sí mismo, como el ruiseñor de los bosques y la mariposa de los aires.

Mas su suerte sin duda estaba ya echada.

Porque al tiempo de pensar estas cosas le ofreció el padre de María un consejo que acaso necesitaba, un camino que no quería ver... Le ofreció la mano y el corazón de su hija a cambio de unas monedas y de un nombre resonante.

El le atajó con firme resolución:

—¿Cree usted que estas cosas pueden decidirse en un momento, que no han de premeditarse?

—Claro, hombre. La ocasión es magnífica, admirable.

—¿Cómo?... ¿Ha penetrado usted los recónditos afectos de mi alma; los pensamientos que me nacen en el cerebro, las ansias y los ideales que muertos ya fueron amortajados en mi pecho?

—No vacilé; no puse reparos a este capricho de poderoso, ya que puedo con dinero y sin medida pagarle espléndidamente un acto que más que sacrificio debe haber sido sueño y deseo de tu vida, durante estos felices tiempos que anduviste entre nosotros.

Se callaron un instante agobiados, vencidos: Rafael sin saber cómo explicar su actitud, don Raimundo sin acertar a comprenderla.

Vieron ambos a un tiempo la niña enamorada, pálida y triste, sin pena ni gloria; muerta en plena ju-

ventud, con risa de hastío en la boca marchita por un largo bostezo inacabable. La vió Rafael como un reproche a sus finezas y galanterías, como una nueva víctima de sus fracasos. Sabía mirarla como purísima doncella complaciente y hermosa; y lloró ante su dulce imagen el recuerdo de otra mujer más ostentosa pero menos casta, más coqueta que enamorada, muy poco soñadora, nada sentimental. Aquella que acabó los sueños hermosos de su adolescencia, la que nada sabía de suspiros ni de amores profundos, pero sí de fastuosidades y de egolatrías; la que por el culto falso de sus encantos sacrificaba la quimera más bella de la vida: ¡el amor! El amor que, como reza un sabio parecer, «es el olvido de sí mismo».

—Es... es...—se repetía como loco.—Así pudo mi padre perder su vida en un titánico esfuerzo por salvarme; así murió mi madre dolorida tras la ruina y la miseria más espantosa, con una palabra de perdón y un gesto de piedad a mis errores...—Es... es...—volvía a repetir maquinalmente, acaso sin pensar, sin discurrir lejos del presente que vivía ante don Raimundo que le observaba sin pestañear.

—Es... que la quieres, vamos.

Ya no intentó resistirse; la frase entrecortada que obedecía a tan íntimas consideraciones fué quizá la única culpable de su nuevo rumbo, de su debilidad.

Porque cayó vencida toda la resistencia opuesta, y hasta los propósitos firmes y solemnes de no amar a otra mujer, en la dolorosa exclamación: «Es... es...»

—No sufras más, comprendo tu emoción—dijo don Raimundo.—Yo también he sido joven; también tengo corazón.

—Pero... hay en mí algo muy triste, algo muy amargo—replicó él con inseguro acento.

—Sí, un recuerdo; ya sé, ya sé... Pero maldito Rafael, maldito; no merece aquello tan disparatado un solo pensamiento de tu vida regenerada, de tu expiación cumplida. Sé que has visto deshecha tu casa, a tus padres exánimes, tus sueños irrealizados esclavos de un designio incomprensible. Pero ahora llega tu verdadera gloria; que la única gloria de la tierra es el amor santo y puro de una mujer.

—Es... es...

¡Y qué triste fué, qué inicuo a los ojos vendados del mundo que murmura y ofende sin responsabilidad y sin razón, sin más fuerza que la de su albedrío irrefrenable!

¡Qué triste fué... jurar ante un altar en la casa de Dios el amor que no sentía, la pasión falsa y mentirosa!...

Abstraído en todas estas consideraciones, agobiado por el tumulto impetuoso de tanto recuerdo, ha visto Rafael un rayo de sol libre y feliz que viene a posarse sobre la frente hermosa de su hijita que duerme en la inocencia. Le vuelve a la realidad una voz amorosa, en reproche dulcísimo:

—Pero Rafael, no dormiste esta noche...

Y él se acerca trémulo, miedo como un niño al lecho en que María descansa, dispuesto a arrodillarse y exclamar vencido:

—¿Me perdonas?

Pero llaman a la puerta con recato unos golpecitos discretos, y se conforma posando los labios en la frente de su hijita, con unción y respeto de enamorado.

CAPITULO IV

Y la niña ya era cristiana; llamábase Rosa María.

Dos días solamente han transcurrido desde que se le impusieron los bellos nombres que ostenta: el de la Virgen pura y el de la flor preciosa. Pero a su madre le parece que fenecieron muchos, que en el misterio de la noche murió sumisa la claridad de muchos soles.

No es así; influye en su ánimo una pena recién nacida en el arraigue hondo de sus más caros sentimientos. Piensa cosas muy tristes y muy humanas, bastante distantes de las que pensó ayer; en el ayer que imagina lejano como perdido entre luces mágicas de ilusión juvenil. Soñaba entonces a un mozo arrogante y distinguido, y es ahora su embeleso y su mayor placer tener en los brazos a la nena, mecerla y dormirla, cantarla canciones al compás de unos latidos fuertes y de intensa emoción.

Sin querer va evocando dulcemente algo de la mocedad risueña, los vuelos de su alma libre hacia unas regiones ignotas que ahora comprende falsas, aunque fuesen entonces bellas y sugestionadoras.

¡Pobre mujer!...

Sola con su hija, muerta de pena por un fracaso espiritual que destroza todos sus sueños, mira todo alrededor triste y oscuro; hasta el mismo porvenir incierto de este ángel que tiene en los brazos ya como única bendición del cielo.

Isabeluca la sorprende en el momento más culminante de su soliloquio sentimental y vuelve a olvi-

dar su humilde categoría; de nuevo la abraza y la besa como una rapaza.

Luego retrocede roja y confusa, se rehace y vacila antes de exclamar:

—¿Lloraba la señora?

—Sí, lloraba de alegría...

Le coge la niña que ríe y sueña, para acostarla; y vuelve en seguida, luciendo una ansiedad visible en el temblor de las pupilas.

Muda y quieta delante de María, dobla la rodilla sobre el suelo y espera la palabra delatora o el gesto encubridor. La contempla hermosa y pensativa como nunca, reclinada la cabeza sobre un almohadón caprichoso de matices diversos y atrevidos.

Y va cayendo la tarde, el silencio absoluto de la estancia deja oír un latido fuerte y acompasado; y la moza mira un momento con marcada intención el reloj que le cuenta los instantes y las horas todas del vivir, sin poder detener su ritmo solemne.

Luego torna la vista errante e inquieta a la imagen dulce de la señora que parece dormida y va admirando su belleza soberana desde las sortijas de los rizos castaños que le coronan la frente blanquísima, hasta los ojos velados bajo el recato de los párpados caídos, sólo abiertos al pensamiento profundo que turba su conciencia; se detiene luego en los labios, compasiva, a buscar con torpe empeño la sonrisa placentera que sólo fué gala y presente de la juventud triunfante.

Al no encontrarla ya, le parece más adusto el semblante y suspira pesadosa.

No sabe ver el nuevo encanto de María, esta muchacha ufana que tanto la quiere y que la admira.

Siente un egoísmo extraño de su persona y quisiera que fuese todavía moza y gentil.

Sólo la madre puede olvidarse de sí misma consagrando a una vida nueva, que duerme y sonríe, todo el cuidado y desvelo de que es capaz.

Anhela penetrar los misterios del mañana, saber si ha de sufrir, si ha de gozar; librarla de toda inquietud, tenerla siempre acochada y risueña en sus brazos firmes y amorosos.

Se han quedado a oscuras e Isabeluca empieza a moverse, excitada y cavilosa; por fin la voz maternal susurra más que habla estas frases de cariño:

—Oye: quiero que seas tú la que cuides conmigo a la nena; dejarás la cocina, me ayudarás a subirla; tú, que sabes ser buena y complaciente.

CAPITULO V

Pasan los días y se duermen las horas en los años con apacible benignidad. Acaso nunca fueron más hermosas las primaveras ni más sentimentales los otoños, que mientras va creciendo la nena, bien cuidada y admirablemente atendida por la solicitud de los padres. Ya no necesitaría los brazos quizá, si la hubiesen tratado con menos atención amorosa.

Rafael está orgulloso con su hija risueña y menudita que sabe hablar y hacer mil monerías; la acaricia y la besa, la colma de mimos y regalos. Sólo al intentar que ande cuando la suelta confiado y ve que se desploma venciendo todas las ansiedades de su alma, queda mudo y perplejo como petrificado.

De esta manera le sorprende la esposa un día en pleno estío cálido y fragante.

—¿Estás preocupado?

—Pues estoy más que preocupado; me siento pesimista hasta el extremo de creer que la niña no andará ya nunca.

—Pero Rafael, ¿sabes tú lo que estás diciendo?

—Lo sé; esta chiquilla tiene las piernas entumecidas, muertas, sin movimiento.

—Pues no te apures, hombre; desde hoy me propongo yo que ande.

Y toma a su hija en los brazos con una alegría llena de celos, mientras baja los párpados para celar dos lágrimas furtivas y abrasadoras.

Cerró el esposo la puerta con estrépito, iracundo e irreflexivo, sin más atención para María que aquel reproche injusto.

CAPITULO VI

Juegan al corro, cantan y ríen unas chiquillas muy contentas con grandes demostraciones de alegría en pleno campo, cerca del Alcázar, un edificio de construcción maravillosa a estilo árabe. Aquí vinieron Rafael y María no ha mucho con la niña en los brazos, crecida y bella como una hurí de ensueño, que hubiese de lucir más allá de este mundo en el falso y forjado paraíso.

Ha cumplido los quince años espléndidos, inmóvil e indefensa como una muñeca que no tuviese articulaciones ni mecanismo alguno con que echar el paso. Le han hecho ya mil friegas de líquidos refor-

zantes, la llevaron a los pies de la Virgen milagrosa, encendieron una lamparilla sobre el altar de la fe dentro del propio corazón los padres desgraciados. Pero la criatura sigue estática y María lleva sobre su alma dolorida el peso enorme de una bárbara responsabilidad.

Nadie la conocería; en poco tiempo se ha marchitado tanto que sólo una sombra parece de lo que fué, y contempla la vida desde la intimidad de su espíritu, casi como una ofensa imperdonable. Quiso consagrarse a su hija con tan vivo afán, tan lejos de todo bullicio mundano, que hizo a su esposo dueño de un palacio maravilloso donde enterrarse con Rosa María para ignorar cuánto sucede en el más allá en que se vive y se lucha sin descanso.

Es la casa magnífica y espaciosa; tiene un jardín grandioso en cuyo centro se alza un rico sitio que más que asiento de invalidez humilde parece destinado a un magnate o a un ídolo falso de la fantasía humana.

Rafael y María dieron en llamarle «trono» y lo rodearon de flores con maceteros labrados y gran derroche de riqueza ostentosa; surtidores de mármol, figuras alegóricas, columnas majestuosas ya vestidas de rosales trepadores y campanillas blancas...

Y Rosa María, que supo siempre mostrarse alegre para aminorar la pena de sus progenitores, el primer día de quedarse sola en la suntuosidad del lugar que le destinaron con tan piadoso afán de distraerla, oye las voces alegres de las niñas juguetonas que forman corro, que saltan y corren libres y felices, y siente más dolorosa que nunca la fuerza de su debilidad.

Intenta moverse, quiere rebelarse un momento y logra extender los brazos, aferrarse a unos árboles próximos y avanzar unos pasos sin que para ello necesite poner en juego las extremidades torpes e inertes.

¡Pobre Rosa María!

Ya siente el placer de moverse; por primera vez se traslada de un lugar a otro sin ayuda, aferrándose a cuanto halla en su ruta.

Llega un momento en que no halla apoyo ni sostén y cae al suelo; pero obstinada en caminar, gozosa de valerse, se arrastra de nuevo sin miedo a ensuciarse ni pena de herirse, y llega al dintel de la casa que permanece inmóvil, erguida como soberana de todos los contornos.

Arriba a sus oídos entonces la voz brusca de su padre como nunca la halló de alterada, y se acerca a la puerta desde donde oye la fuerte discusión en que Rafael grita con aspereza cruel y María solloza.

¡Ah, cuántas cosas ignoraba la niña hermosa!...

Está resuelta a empujar la puerta ya cuando Remigia pasa sin advertirla, pero ella la tira del vestido y coloca un dedito sobre sus labios en señal de silencio, mientras la dice en voz queda:

—Llévame al jardín; llévame al trono...

Y la chica, estupefacta, la coge con gran esfuerzo y la conduce sin balbucir una sola palabra.

Allí espera Rosa María que vengan sus padres a buscarla, mira alrededor y ve que desaparecieron las chiquillas traviesas que jugaban, únicas causantes de aquella triste andanza dolorosa.

CAPITULO VII

También tuvo Rosa María horas de fiebre y de pasión. Habíase aficionado a los libros en tal forma que soñaba y vivía todas las penas y glorias de los héroes folletinescos.

María y Rafael llegaron a asustarse porque se desvelaba y entristecía con frecuencia.

Fué siempre risueña y parlanchina, algo locuaz y de un espíritu invencible, luchadora e incansable.

Mas de pronto tornóse comedida y juiciosa, no como debiera ser al ganar tiempo y sumar años a su existencia, sino hasta el extremo de padecer melancolías extrañas.

Nadie sospechó lo que sucedía, ni siquiera supusieron sus padres cuál podía ser aquel mal invisible que radica sin duda en el alma. Anduvieron en acecho constante, sin hallar el motivo de aquellas lágrimas peregrinas.

Si un momento quisieron suponerla enamorada, fué esta idea floja e insegura, hallándose pronto completamente vencidos con estos razonamientos: ¿A quién podía amar?

Retirada del mundo; sepultada entre flores como una muerta, ¿quién podía admirar su belleza o gozar su candor?

La única persona de confianza era el doctor Gálvez, un caballero entrado en años, aunque mozo en galantería, jovial en todas sus conversaciones. Protector inseparable de la niña y enamorado impenitente de la madre, la estuvo visitando desde chiquitina,

procurando más por su espíritu que por su cuerpo.

Supo sostener su fe, acrecentar su esperanza, llenar de promesas su dolorosa ansiedad de inválida. Le habló de viajes, de juegos, de brincos y alegrías que jamás había de conocer.

Ambos tenían largas explicaciones, íntimas confidencias, horas enteras de charla saludable, en que discurrían sin obstáculos.

Estas pláticas fueron creciendo con los años, madurando con mil razonamientos, hasta caer en la verdad de una confesión. Fué el día en que el doctor habló a la niña de su juventud, descubriéndole el secreto de un amor purísimo.

Amaba a su madre, por ella, y para ella fueron todos los secretos homenajes de su corazón.

Rosa María creyó enloquecer. Comenzó con llantos y acabó con fiebre y pesadillas en que sus dientes chocaban heridos por un calofrío de terror.

Fué rival de su madre sin saberlo; quiso para ella sin escrúpulos todo el cariño del hombre que pudo hacerla feliz.

Secas ya sus lágrimas en el fuego consuntivo de la pasión inesperada, advirtió que le nacían espinas en el alma, y llegó a sentir como si le circundasen las sienes y oprimiesen el pecho dolorido, macerado por el más cruel de los martirios humanos.

Ya su parálisis le parecía pequeña desventura al ser comparada con estos dolores acerbos, indefinibles e inexplicables. Condenada a guardar silencio de cuanto le sucedía, hubo de hacer inauditos esfuerzos por sostener alguna firmeza, y sólo al ser vencida por la fiebre, en momentos de locura, delirante repetía sin descanso:

— ¡No me quiere!... ¡No me quiere!...

En una de estas crisis la comprendió su madre, cosa hasta entonces no lograda. Se abrazó al cuello de la niña y la estuvo besando sin cesar...

Rosa María despertó de aquel sopor dulcemente engañada.

—¡ Ah ! ¿ Eres tú ?

—Sí. ¿ A quién soñaste ?

—No sé... Pero cuéntame : ¿ qué dije ?

—Que yo no te quería.

—¿ Tú ?

—¿ Quién habla de ser ?

—Claro que sí ; tú, mamá ; tú, mamita ; tú... tú...

Abatió de nuevo la cabeza sobre la almohada y quedó dormida, con una serenidad dulcísima.

El cariño sincero de su madre en vigilia perenne junto al lecho, inundó de bálsamo su corazoncito casi infantil.

Pero María no lo sabe ; se arrodilla para pedir misericordia al Crucificado que preside la estancia, y por un momento la ve la niña como rendida al invisible mando del amor, rey y señor de todo lo creado, dueño absoluto de los corazones.

CAPITULO VIII

El doctor no se explica este cambio. La dejó tan contenta la última vez que estuvo en el jardín habiéndole de cosas serias y secretos íntimos, que más que pesar hubiese creído producirle regocijo.

Sabía muy bien que el afán de saber domina a la juventud y echó mano a su conciencia sin miedo de

presentar a su vista una historia verdadera que tuviese más éxito que un libro.

Llevó aquel día a la palabra la emoción de sus más caros sentimientos con un noble afán de interesar a la niña por cosas grandes y bellas, como son el amor y el sacrificio llevados hasta la excelsitud. Quiso también, como único galardón a su tortura inacabable, que le admirase y le compadeciese la propia hija de la mujer que amó.

Pero la actitud y el decaimiento de la enferma no obedecían a compasión ninguna, sino a un sentimiento distinto nacido al amparo de aquellos dulces e inocentes coloquios.

El Doctor se encogió de hombros ante Rafael y María como jamás de abatido y contristado, murmuró entre dientes con voz queda y sentenciosa :

—¡ No hay cura ; no hay cura !...

Y la madre, loca de espanto, creyendo prestar luces a su entendimiento, le atajó apremiante :

—Pero Doctor, si todo el mundo está sufriendo estas calenturas... si es un mal epidémico. ¿ No se le ha presentado a usted ningún caso parecido ?

—Ninguno — afirmó solemnemente ; — como éste, ninguno.

Mientras, Rosa María escuchaba con los ojos cerrados y el alma abierta a muy raras adivinaciones.

Y cuando ya casi restablecida volvieron a reanudar los antiguos coloquios, leyó éste con inexplicable sorpresa una resolución inquebrantable, en los dulces y apasionados ojos de la niña, para siempre entornados a la dicha de amar.

Luchó por quererla, acaso sin lograrlo, esperando tan sólo como premio la eterna gratitud de la madre ; mas cuando llegó a balbucir unas torpes pala-

bras amorosas al oído de Rosa María, ésta supo rechazarlas firmemente.

Que aquel dulce consuelo de un amor soñado, abatido y confuso cayó a sus pies... Ya nunca más pudo ver a la niña sin sentir la afrenta de sus únicas imperecederas palabras.

—¿Y mi madre? Dónde ha pensado colocar el recuerdo de su primer amor, de aquel amor bendito sobre todos los amores secundarios?

A la paralítica también le parecía oírle siempre igual, en acento amargo de un tono de voz jamás oído.

—¡Perdón, Rosa María, perdón!...

Volvió la calma de unos días apacibles tras de aquel combate íntimo librado sin armas ni testigos, noblemente, de corazón a corazón; llegó mayo triunfante con gran derroche de encantos, de arrullos, de aromas..., el jardín transformóse como por ensalmo, y todas las notas dispersas de la Naturaleza ufana, parecía que tuviesen un acorde feliz.

Sólo la inválida enamorada llora esta belleza cual si fuese un castigo, y prorrumpe entre suspiros y oraciones.

—¡Días mío!... Qué triste es ver la vida y no poderla vivir...

CAPITULO IX

Isabeluca se ha casado, así la señora se siente más sola que nunca sin un ser a quien confiar sus hondos pesares. La quiso un mozo rústico como ella y

acabó por decidirse a unir su suerte a la del hombre que parecía bueno y trabajador, honrado y circunspecto.

Nadie ha de ocupar su puesto, ya que no fué una criada vulgar, sino una compañera y una amiga.

Claudia y Remigia quedan muy sorprendidas y hasta envidiosas.

En la urdidumbre de las palabras que tejen muy de prisa los labios murmuradores, hay poca caridad para la ausente. Aseguran que es el galán excesivamente trovador, y ha de costarle caro el bromazo de la boda; que anduvo cortejando a casi todas las mocosuelas de la comarca, sin más afán que entretener el tiempo en una vida ociosa y contemplativa.

Cuanto se habló del nuevo matrimonio es contrario a la realidad de lo que sucede. La fiel sirvienta, abnegada y cariñosa, se considera feliz con una casa suya, y un sustento seguro y generoso. Todos los días come sobre los riscos y malezas del camino, que corta la heredad donde siembra el marido la rica simiente agradecida y pródiga.

Ella sabe cosas muy graves de la casa hermosa, que señorea la campiña, de la mansión ideal tan admirada y descollante.

Sufrió con aquella buena dama todos los profundos dolores de su existencia castigada y cruel, y aun no sabe más que pensar en ella y nombrarla a cada instante. Hablando de ella está cuando pasa Ramona la molinera y le dice con cautela a solas:

—En tu casa hay trajín.

Se ríe Isabeluca.

—Sólo dejé gallinas y conejos...

—¿Pero cuál es tu casa?

—Toma, pues la de mi marido.

—Y no estuviste muchos años en la de los señores...

—Claro, ¿pero es allí donde sucede algo?

—Sí, y grave.

—Di, corre, que me voy en seguida.

—Pues que a la tu señora le ha *dao* un pasmo.

Agil como una gacela, gana la distancia en rauda corrida sin freno ni descanso, y tiene que pararse a descansar antes de transponer el dintel de la puerta, que está abierta en abandono irresponsable.

CAPITULO X

¡Pobre María!... Ya no la conoce; en el sopor agónico sólo dos nombres le abrasan en fuego de pasión y ternura los labios piadosos.

El de Rafael y su hija, último grito de dolor desesperado que se le anudó en la garganta, con ahogo y fatiga indefinibles...

¡Pobre María!... Quiso llevar a costas la cruz de todos los martirios que la vida convertida en calvario le ofreciera, hasta caer rendida, exánime, para no levantarse ya más...

Está como dormida, parece que sonríe como si al romper las cadenas de lo humano y caduco, vislumbra ya próxima la gloria.

Todo esto piensa la pobre Isabeluca atónita, con los ojos desmesuradamente abiertos sobre el frío misterio de la muerte. Le parece imposible todo lo que pasa, mentira lo que sufre, y busca en torno

una prueba evidente de aquella desventura. Queda de pronto sorprendida porque siente una mano aferrarse a sus piernas; un miedo jamás imaginado la aterra, e intenta huir cuando la señorita que se arrastra por el suelo se interpone a su paso.

Mira un momento esta infeliz mujer a la niña que tuvo en los brazos como enemiga, porque la cree culpable del trágico fin de su madre, pero se detiene al verla desgraciada también, esclava de una suerte miserable; condenada a arrastrar su cuerpo hermoso por el lodo del suelo, como la hechicera serpiente maldecida.

Y esta criatura no fué soberbia ni altanera, sino modelo de mansedumbre y humildad. En toda su existencia sólo un momento hubo de verdadera rebelión. El día en que las risas de la calle y los juegos de unas chiquillas locuaces e inconscientes, turbaron la paz bendita de su cristiana resignación. Aquel momento inolvidable en que por vez primera escuchó a su padre tal como era de brusco, sin la máscara del cariño que hacia la esposa muchas veces fingía torpemente.

De la última bronca armada sin razón ni motivo sobrevino a María un ataque cardíaco. Duró horas nada más y Rafael no estaba, marchó malhumorado a la ciudad con la excusa de efectuar compras.

Rosa María hubo de presenciar toda la triste suerte de su madre y anduvo todo el día tirada por el suelo como loca, llamando a su padre a gritos; ahora no sabe que murió, la cree rendida por un acceso nervioso y pide a Isabeluca que salga para no turbar su sueño.

Intenta la recién casada resistirse, mas cede al

fin emocionada doblemente, ante la cándida mirada de la adolescente, que implora:

—Oye, vamos donde no nos oiga nadie, quiero hacerte una pregunta.

Y salen; la coge en brazos como a una nena la rústica mujer aldeana, y la lleva muy lejos de la estancia, que pronto ha de iluminarse con la cera purísima, de unos cirios encendidos en la trémula devoción de sus flamas piadosas. La coloca sobre un diván y sale prometiéndola volver en seguida.

Torna ciega de pena junto al lecho de la señora y se arrodilla llorosa a rezar unas oraciones mudas, que tiene su elocuencia y eficacia en la elevación del sentimiento; y acude de nuevo donde la señorita espera, no sin dar primero las órdenes necesarias, para cuanto se ofrece.

Entonces le cuenta la niña lo que escuchó en el día anterior, y quiere adivinar cuánto ha sufrido su madre desde su boda, porque entre frases rotas, que pronunció con desvarío, clamaba con doloroso acento:

—¡Amor!... quiero amor... mucho amor...

Llorando escucha Isabeluca aquellas palabras deladoras de una pasión bendita, y por toda respuesta dice:

—Tu madre siempre teme que la quieran poco; además, al sentirse indispueta, ¿qué tiene de raro que pida el consuelo de un cariño?

—No..., no es eso..., tú no sabes..., tú no entiendes...

Cuando llega Rafael y entra en la cámara mortuoria, sólo un instante se sostiene firme como inanimado, delante de la esposa mártir; quiere luego

inclinarse la rodilla y se desploma sin fuerzas para sostener la altivez y gallardía de su cuerpo.

Mientras, María, lívida, parece que duerme y sonríe cual una inocente criatura. Ha muerto como una santa...

CAPITULO XI

El doctor Gálvez, ignorante de cuanto ha sucedido después de una larga ausencia inexplicable, se decide a visitar a los esposos en el preciso instante en que parte la comitiva hacia el camposanto. Supone que la muerta será Rosa María y se encuentra con ella sola y entre extraños y entregada a una espantosa e inconcebible desesperación.

—Pero, ¿qué ha sido

—¡Una tragedia!—grita más que dice la huérfana.

—Pero, ¿quién fué?

—¡Mi madre!...

Se queda un momento calmada de su excitación, sola y triste porque van desapareciendo los vecinos, que acaso acudieron con más curiosidad que lástima; y ve al hombre que ama todavía con el semblante desencajado y la mirada errante.

—¿Dónde está tu padre?—pregunta de pronto.

—Ha ido al cementerio.

—¡Pues yo te aseguro que no ha de volver.

Saca un arma homicida e intenta salir. Se abalanza la niña sin pensar siquiera lo que hace, y cae herida por el marco de la puerta.

Un chorro de sangre le inunda la frente y un grito de terror se le anuda en la garganta.

—¡ Doctor !... ¡ Doctor !...

La voz angustiosa y la queja aguda le detiene y le devuelven la razón.

Acude una de las sirvientas, recogen a la herida y la colocan en un sillón donde el médico le venda la cabeza con sumo cuidado.

Un momento Rosa María se extremece llena de estupor ; las impresiones sufridas le aceleran el pulso, le destrozan el alma.

Comprende la verdad de todo lo sucedido y considera a su padre un criminal ; pero es su padre, lleva su sangre, le dió su nombre.

Interrumpe el Doctor sus pensamientos, y como si llegase el momento decisivo de su vida, le confiesa :

—Perdóname, Rosa María, si quise a tu madre sobre todas las cosas de este mundo. Yo entregué mi felicidad a cambio de la suya, porque comprendí su amor por el hombre que la llevó al altar... y ha sido un villano. Tu madre fué una mártir, una santa ; y si la quieres debes permitir mi venganza, la justicia que Dios pone en mi mano, bajo el ritmo solemne de mi corazón leal... Yo quise a tu madre, sí ; sólo a ella soñé en delirios y hablé en soliloquios ; por verla un instante más daría gustoso el resto de mis días... ¡ La quiero !... ¡ La quiero !... ¡ La querré siempre ! Que mi amor, lejos de extinguirse, ha de llegar al cielo porque es infinito e incommensurable como la misma eternidad. Quiero que sepa lo que la amé ; decírselo al oído allá arriba donde son eternas las primaveras y halla propicio ambiente la rica semilla de la felicidad. He de matar para merecer el premio a mi arrojo. Quiero presentarme delante del

Juez Supremo después de lavar con sangre la ofensa y el ultraje hecho a mi amor excelso, a mi pasión bendita, sublimizada por el sacrificio de la resignación. Que no hay amor humano capaz de ser siquiera comparado con el mío, porque éste es todo ideal, divino, y ha de hallar un galardón en la gloria.

Rosa María escuchó, pasmada, todo el relato fervido de aquel enamorado, sin dejar a su corazón un momento de libre albedrío. Procuró convencerle de su equivocación, le pidió la vida de su padre como una gracia especial para no vivir desemparedada y sola, y terminó pidiéndole que se marche lejos a olvidarlo todo, hasta que se sienta capaz de perdonar.

El no la responde ; otra vez absorto en sus pensamientos pierde en un abismo de cavilaciones la conciencia de lo que vive, y postrado a los pies de la niña pronuncia unas palabras torpes como en tiempos lejanos :

—¡ Siempre quise a tu madre !... ¡ Siempre !... ¡ Perdón, Rosa María, perdón !...

FIN